

recibe la muerte, su jefe le señala el camino del paraíso, y una sonrisa de anticipada felicidad acompaña su último suspiro. Khaleb, el mas intrépido de los jinetes árabes, llamado la *Espada de Dios*, lleva delante de sí el terror, y no encuentra quien resista el impulso de su brazo. La Persia sucumbe á la energía religiosa de los hijos de Ismael. Abubekr muere, y le sucede Omar. Bajo Omar el torrente se dirige hácia el Egipto; la enseña musulmánica tremola en los muros de Alejandria y de Menfis; los árabes del desierto reposan á la sombra de las pirámides. Pero estos soldados misioneros no pueden detenerse: un soplo que parece venir de Dios los empuja, los hace arrastrar tras sí á sus jefes mas bien que ser regidos por ellos: el verdadero jefe que los manda es el fanatismo; es Dios, dicen ellos, el que da impulso á nuestros brazos, y el que afila el corte de nuestras espadas; es el Profeta el que nos lleva por la mano á la victoria; si morimos, gozaremos mas pronto de Dios y del paraíso, hablaremos con el Profeta, y nos acariciarán las huries que no envejecen nunca. ¿Quién puede vencer á un ejército que pelea con esta fe?

Del Egipto el torrente se desborda de nuevo. ¿Qué dique podrá oponerle el Africa, devastada por los vándalos, sometida por Belisario, y arruinada y empobrecida por la tiranía de los emperadores griegos? Desde las llanuras de Egipto hasta Ceuta y Tánger, desde el Nilo hasta el Atlántico, habia una línea de poblaciones, poderosas y florecientes en otro tiempo, yermas y pobres ahora. Berenice, la ciudad de las Hespérides; Cirene, la antigua rival de Cartago; Cartago, la ciudad de Anibal y de Escipion; Útica é Hipona, las ciudades de Caton y de San Agustín; todas las poblaciones de las dos Mauritánias, teatro sucesivo de las conquistas de los cartagineses, de los romanos, de los vándalos, de los godos y de los griegos, se someten á las armas de este pueblo nuevo, poco antes ó desconocido ó despreciado. Solo los moros agrestes, aquellas hordas salvajes que, ó bien apacentaban ganados en las llanuras siendo el azote de los adueros agrícolas, ó bien vivían entre sierras y breñas disputando sus pieles á las fieras de los bosques, fueron los que opusieron á los árabes invasores una resistencia ruda y porfiada. Pero la política, la astucia y la perseverancia de los agarenos triunfaron al fin de todos los esfuerzos de los berberiscos. En medio del desierto y á unas treinta leguas de Cartago fundaron la ciudad de Cairwan, que unos suponen poblada por Okbah y otros por Merwan. El intrépido caudillo Okbah, despues de haber penetrado por el desierto en que se levantaron mas adelante Fez y Marruecos, cuéntase que detenido por la barrera del Océano, hizo entrar su caballo hasta el pecho en las aguas del mar, y exclamó: «¡Allah! ¡Oh Dios! Si la profundidad de estos mares no me contuviese, yo iria hasta el fin del mundo á predicar la unidad de tu santo nombre y las sagradas doctrinas del Islam!»

A principios del octavo siglo fué encargado Muza ben Nuseir, el futuro conquistador de España, de la reduccion completa de Al-Magreb, ó tierra de Occidente, que así llamaban entonces los árabes al Africa entera por su posición relativamente á la Arabia. Muza llenó cumplidamente su misión; y el undécimo califa de Damasco, Al Walid, le dió el título de wali con el gobierno supremo de toda el Africa Septentrional (1). Muza logró con la persuasion y la dulzura mitigar la ruda fiereza de los moros; y las tribus mazamudas, zahegas, ketamas, howaras y otras de las mas antiguas y poderosas de aquellas comarcas, fueron convirtiéndose al islamismo y abrazando la ley del Koran. Llegaron los árabes á persuadirlos de la identidad de su origen, y los moros se hicieron musulma-

(1) Los califas sucesores de Mahoma hasta la conquista de España fueron Abubekr, Omar, Othman y Alí, que residieron en la Meca y Medina desde 632 hasta 660. Hácia el fin del reinado de Alí, Moaviah ben Abi Sofian, de la casa de Ommiyah wali de Siria, con pretexto de vengar la muerte de Othman, le disputó el poder, y se siguió una guerra civil. A la muerte de Alí le sucedió su hijo Hassan en el Hejaz, pero Moaviah tomó el título de califa de Damasco, y fué el origen de los *Ommiadas* que despues habian de fundar un imperio en España. Siguieronle Yezid I, Moaviah II, Merwan, Abdelmelek y Walid, sexto de los Ommiadas en cuyo califato fué conquistada España.

nes como sus conquistadores, llegando á formar como un solo pueblo bajo el nombre comun de sarracenos (2).

En tal estado se hallaban las cosas en Africa en 711, cuando ocurrieron en España los sucesos que en el capítulo octavo de nuestro libro IV dejamos referidos. Estaba demasiado inmediata la tempestad y soplabá el huracan demasiado cerca para que pudiera libertarse de sufrir su azote nuestra Península. Los desmanes de Rodrigo, las discordias de los hispanogodos, y la traición de Julian, fueron sobrados incentivos para que Muza, jefe de un pueblo belicoso, ardiente, victorioso, lleno de entusiasmo y de fe, resolviera la conquista de España. De aquí la expedición de Tarik y la tristemente famosa batalla de Guadalete que conocemos ya, y en la cual suspendimos nuestra narración, para dar mejor á conocer el pueblo que concluía y el pueblo que venía á reemplazarle.

La fama del vencedor de Guadalete corria por Africa de boca en boca. Picóle á Muza la envidia de las glorias de su lugarteniente, y temiendo que acabara de eclipsar la suya, resolvió él mismo pasar á España. Por eso al comunicar al califa el triunfo del Guadalete llamó el nombre del vencedor, como si quisiera atribuirse á sí mismo el mérito de tan venturosa jornada, y dió orden á Tarik para que suspendiera todo movimiento hasta que llegara él con refuerzos, á fin de que no se malograra lo que hasta entonces se habia ganado. Comprendió el sagaz moro toda la significación de tan intempestivo mandato, mas no queriendo aparecer desobediente reunió consejo de oficiales, y les informó de la orden del wali, manifestando que se sometería á la deliberación que el consejo adoptase. Todos unánimemente opinaron por proseguir y acelerar la conquista, aprovechando el terror que se habia apoderado de los godos, y no dando lugar á que pudieran reponerse de la sorpresa, y Tarik aparentó ceder á una deliberación que ya esperaba y que él mismo habia buscado. Ordenó, pues, sus haces para la campaña; hizo alarde de sus huestes; nombró caudillos, otorgó premios y arengó á sus soldados, recomendándoles, segun costumbre de los musulmanes, que no ofendiesen á los pueblos y vecinos pacíficos y desarmados, que respetaran los ritos y costumbres de los vencidos y que solo hostilizasen á los enemigos armados (3).

Con esto dividió su ejército en tres cuerpos: el primero bajo la dirección de Mugeiz *el Rumi* fué enviado á Córdoba; el segundo al mando de Zaide ben Kesadi recibió orden de marchar á Málaga; y el tercero, guiado por él mismo, partió al interior del reino por Jaen á Tolaitola, que así llamaban ellos la ciudad de Toledo.

Muza por su parte, resuelto á venir á España, organizó sus tropas, en número de diez mil caballos y ocho mil infantes; arregló las cosas de Africa, dejó en ella de gobernador á su hijo Abdelaziz, y trayendo consigo á otros dos hijos menores, Abdelola y Meruan, con algunos jóvenes coraixitas, y varios árabes ilustres, pasó el estrecho y desembarcó en Algeciras en la luna de Regeb del año 93 (712). Allí supo con indignación y despecho que Tarik, desobedeciendo sus órdenes, proseguía la conquista. Desde entonces concibió el proyecto de perderle tan pronto como hallase oportuna ocasión.

Entre tanto la primera hueste de Tarik, al mando de Zaide, tomó á Écija, no sin resistencia; le impuso un tributo, encomendó la guarnición de la plaza á los judíos, dejando tambien algunos árabes; se posesionó despues, sin dificultad, de Málaga y Elvira, armó tambien á los judíos, procuró inspirar confianza á los pueblos y marchó á incorporarse en Jaen con la division de Tarik. El segundo cuerpo, regido por Mugeiz *el Rumi* (el romano), acampó delante de Córdoba, é intimó la rendición bajo condiciones no muy duras. Los godos que defendían la ciudad negáronse á admitirlas. Entonces informado Mugeiz por un pastor de la poca gente de armas que

(2) Derivan algunos el nombre de *sarracenos* de Sara, una de las mujeres de Abraham, lo cual se opone á la genealogía que se dan ellos mismos. Otros de *Sharaa*, que significa oriental, que puede ser mas probable, y otros tambien de *Sahara*, gran desierto, que no deja de ser verosímil.

(3) Conde, *Domination, etc.*, part. I, cap. 11.—Ahmed Almakari, lib. IV, cap. I.—Al-Kattib, y Ben Hazil, en Casiri, tom. II.

la ciudad encerraba, y tambien de que el muro tenia un punto de fácil acceso por la parte del rio, dispuso en una noche tempestuosa y de lluvia pasar el rio á la cabeza de mil jinetes que llevaban á la grupa otros tantos peones. El pastor que les servía de guía los condujo sin ser sentidos al lugar flaco de la muralla. Las ramas de una enorme higuera, que al pié de ella crecía, sirvieron á un árabe para escalarla, y el turbante desplegado de Mugeiz sirvió á otros para subir á lo alto del muro. Cuando ya hubo sobre el adarve el número suficiente, degollaron los centinelas, abrieron la puerta inmediata, y entraron todos los sarracenos en la ciudad, derramando en ella el terror con sus gritos y alaridos. El gobernador y unos cuatrocientos hombres se refugiaron en un templo bastante fortificado, donde se defendieron por algunos dias obstinadamente, hasta que Mugeiz mandó aplicarle fuego, y perecieron todos, quedándole al templo el nombre de *iglesia de la Hoguera*. Dueño *el Rumi* de la plaza, tomó rehenes á su arbitrio, confió una parte de su guarnición á los israelitas, dejó el gobierno de la ciudad á los mas principales de ella, y partió con su ejército á correr la comarca, llenando de asombro el país con su maravillosa actividad y rápidos movimientos.

Mientras Mugeiz se enseñoreaba de Córdoba, los dos ejércitos reunidos de Tarik y Zaide avanzaban hácia Toledo. Pronto estuvieron delante de la corte de los visigodos, porque la noticia del suceso de Guadalete, la fama del valor y la ligereza de la caballería árabe, y hasta la vista de los turbantes musulmicos, todo habia difundido el pavor en las poblaciones, los nobles y el clero huían despavoridos, las reliquias de los soldados godos andaban dispersas, y las familias abandonaban sus hogares á la aproximación de los invasores. Lo mismo habia sucedido en Toledo. Aunque la posición de la ciudad la hacia á propósito para la defensa, fuese terror, flaqueza, falta de provisiones, escasez de guarnición, ó todo junto, los toledanos pidieron capitulación. Tarik recibió á los parlamentarios con firmeza y bondad, y concertóse la rendición, á condición de entregar todas las armas y caballos que hubiese en la ciudad, que los que quisiesen abandonarla pudiesen hacerlo dejando todos sus bienes, que los que quedaran serian respetados en sus personas é intereses, sujetos solo á un moderado tributo, con el libre ejercicio y goce de su religión y de sus templos, mas sin poder edificar otros sin permiso del gobierno, ni hacer procesiones públicas, y por último, que se regirían por sus propias leyes y jueces, pero que no impedirían ni castigarían á los que quisiesen hacerse musulmanes. Con estas condiciones se abrió á Tarik la ciudad de Toledo; eran casi las mismas que imponían á todas las ciudades.

El caudillo moro se hospedó en el suntuoso palacio de los monarcas visigodos, donde halló, dicen, muchos tesoros y preciosidades, entre ellos veinticinco coronas de oro guarnecidas de jacintos y otras piedras preciosas y raras, porque veinticinco, dicen estos autores, eran los reyes godos que habia habido en España, y era costumbre que cada uno á su muerte dejara depositada una corona en que escribía su nombre, su edad y los años que habia reinado (1). Veamos lo que hacia entre tanto Muza.

Determinado Muza á continuar la conquista de España por las partes en que no hubiera estado Tarik, tomó guías fieles (que dicen las historias arábicas que nunca le engañaron), y recorrió el condado de Niebla apoderándose de varias ciudades, y mientras algunos cuerpos de caballería berberisca discurrían por las vecinas comarcas, detúvose él delante de Sevilla, cuya ciudad capituló despues de un mes de resistencia. Muza entró en ella triunfante, tomó rehenes, y encomendando la custodia de la ciudad al caudillo Isa ben Abdila, pasó á Lusitania, donde tampoco halló resistencia de considera-

(1) Isidor. *Pacens Chron.*—Roder. *Tolet. de Reb. Hisp.*—Conde, capítulo 12.—Al Makari, lib. IV. En cuanto á haberse hallado en el palacio de Toledo algunas coronas, pudo muy bien suceder; pero no es tan verosímil que fuesen veinticinco, puesto que desde Léovigildo, primer rey godo de quien se sabe que usara corona, hasta Rodrigo, apenas pueden contarse diez y siete reyes.

ción, y vino á acampar delante de Mérida. A la vista de esta ciudad, dicen los historiadores árabes que se sorprendió el viejo musulman de su grandiosidad y magnificencia, y exclamó: «¡Dichoso el que pudiera hacerse dueño de tan soberbia ciudad!» Desde luego reconoció Muza la dificultad de reducirla y confirmóle en ello la activa respuesta que recibió á su primera intimación. Tanto que desesperanzado de rendirla con las fuerzas que acudílabá, mandó á su hijo Abdelaziz que de Africa viniese en su ayuda con cuanta gente de armas allegar pudiera. Cada dia se empeñaba un combate entre sitiadores y sitiados: los mejores oficiales árabes iban pereciendo: Muza discurrió lograr por medio de un ardido lo que por la fuerza veía serle imposible. Escondió de noche gran parte de su gente en una caverna. A la alborada de la mañana siguiente presentóse Muza como de costumbre á atacar la ciudad; los cristianos salieron á rechazarlos; los árabes fingieron retirarse dejándose perseguir hasta la celada, y creyendo los cristianos aquella huida obra de su bravura y esfuerzo, llegaron hasta mas allá de la gruta; salieron entonces los emboscados, y se trabó una reñida y brava pelea que duró muchas horas: acometidos los cristianos de frente y de espalda, despues de pelear valerosamente y vender caras sus vidas, fueron la mayor parte degollados. Pronto vengaron el ultraje, pues á pocos dias, habiéndose apoderado los árabes de una de las torres de la ciudad, asaltáronla los españoles tan denodadamente, que ni uno solo de los musulmanes que la defendían quedó vivo. Llamaron desde entonces los árabes á aquella torre la *Torre de los Mártires*.

Pero hé aquí que á este tiempo llega el jóven Abdelaziz de Africa con siete mil caballos y cinco mil ballesteros berberies. Viendo los meridianos acrecentado el campo de los árabes con tan poderoso refuerzo, escasos ya de guarnición y de provisiones, determinaron pedir capitulación. El viejo wali recibió á los mensajeros en su tienda, y acordó con ellos las bases del convenio. Muza acostumbraba á teñir su blanca barba, lo que dió ocasión á que en el segundo recibimiento que hizo al siguiente dia á los diputados de Mérida, se sorprendieran estos de hallarle como rejuvenecido. Duras fueron las condiciones que les impuso Muza; la entrega de todas las armas y caballos, de los bienes de los que habian huido, de los que se retirasen de la ciudad, de los muertos en la celada, las alhajas y riquezas de los templos, la mitad de las iglesias para convertirlas en mezquitas, y por rehenes las mas ilustres familias que se habian refugiado allí despues de la batalla de Jerez, entre las cuales se hallaba la reina Egilona, viuda de Rodrigo. Muza hizo su entrada triunfal en Mérida el 11 de julio de 712, el dia de Alfitra ó de la Pascua que termina el Ramadan (2).

Tarik desde Toledo hizo una excursion por los pueblos de lo que forma hoy el territorio de las dos Castillas, de donde, noticioso de que Muza se encaminaba desde Mérida á la antigua corte de los godos, regresó á Toledo cargado de ricos despojos, entre ellos la célebre y preciosa mesa llamada de Salomon, guarnecida de jacintos y esmeraldas (3). Desde allí salió á recibirle á Talavera (Medina Talbera); y conociendo las desfavorables disposiciones que para con él traeria, llevó consigo algunas preciosas joyas que ofrecer á Muza, con las cuales esperaba templar su enojo. Tan luego como el vencedor de Guadalete vió al anciano wali, apeóse respetuosamente de su caballo. La entrevista fué fria y severa.—«¿Por qué no has obedecido mis órdenes? le preguntó Muza con altivez.—Porque así lo acordó el consejo de guerra, le respondió Tarik, á fin de no dar tiempo á los enemigos para reponerse de su derrota, y porque así creía servir mejor la causa del Islam.» Y presentóle las alhajas que llevaba, y que el codicioso Muza aceptó. Pasaron luego juntos á Toledo. Allí, en presencia de

(2) Conde, cap. 13.—Lucas Tud Chron.

(3) Don Rodrigo de Toledo se extiende en muchos pormenores acerca de esta famosa mesa: supónese que fué hallada en Medinaceli, aunque no todos convienen en ello; otros creen que fué en la antigua Complutum: Dunhan lo califica de cuento árabe; el historiador inglés propende á hacer casi siempre la misma calificación de todo suceso que tenga algo de extraño ó de dramático.

todos los caudillos, preguntó Muza á Tarik dónde estaba la preciosa mesa verde de *Suleimán*. Presentósele el africano, pero falta de un pié, que de intento le había hecho quitar, ya veremos con qué singular prevision, diciendo, no obstante, que en tal estado había sido hallada. El término de estas conferencias fué la destitución de Tarik en nombre del califa, nombrando en su lugar á Mugeiz el Rumi, el cual tuvo la generosa valentía de constituirse en defensor del exonerado caudillo, pero sin poder evitar el que fuese reducido á prisión. Estas reyertas de los dos jefes dejaron hondas huellas de división entre las dos razas de árabes y africanos, como en el discurso de la historia habremos de ver.

En este tiempo, el joven Abdelaziz, que de orden de su padre había ido á Sevilla á sosegar un motin popular que contra la guarnición musulmana había estallado, pacificado que hubo la ciudad, salió hácia la costa del Mediterráneo, defendida por el cristiano Teodomiro (llamado por los árabes *Tadmír*), el mismo que había intentado rechazar la primera invasión de los árabes, y que despues había hecho proezas en la batalla de Guadalete. Retirado allí con las reliquias del destrozado ejército godo, había sido proclamado rey de aquella tierra. Llevaba Abdelaziz á sus órdenes varios jóvenes entusiastas de las mas nobles familias árabes, entre ellos Otman, Edris y Abulcaein. Noticioso Teodomiro de la aproximación de Abdelaziz, apostóse con su gente en los desfiladeros de Cazlona y Segura, con ánimo de hostilizar al enemigo desde aquellas asperezas, sin exponer sus mal pertrechados soldados al rudo empuje de los lanceros árabes. Pero Abdelaziz combinó tan diestramente sus movimientos, que obligó á los españoles á replegarse á la provincia de Murcia. Persiguéronles los escuadrones musulmanes hasta las áridas campiñas de Lorea, donde los lancearon y acuchillaron. Teodomiro se encerró con muy pocos en Orihuela, en cuyas puertas se presentó en seguida Abdelaziz. Grande fué la sorpresa de este al ver las murallas coronadas de muchedumbre de guerreros. Preparábase, no obstante, á dar el asalto, cuando vió salir de la ciudad un gallardo mancebo, que dirigiéndose á él, solicitaba hablarle en nombre del caudillo godo. El árabe le admite en su tienda, y escucha con la mayor cortesania las proposiciones de paz del caballero cristiano, y en esta célebre entrevista se ajusta un convenio que original nos ha conservado la historia, y que es uno de los documentos mas curiosos de esta época. Hé aquí su contexto:

«En el nombre de Dios, clemente y misericordioso: rescripto de Abdelaziz, hijo de Muza para *Tadmír ben Gobdos* (Teodomiro hijo de los godos): séale otorgada la paz, y sea para él una estipulación y un pacto de Dios y de su Profeta, á saber: que no se le hará guerra ni á él ni á los suyos: que no se le desposeerá ni alejará de su reino: que los fieles (así se nombraban á sí mismos los árabes), no matarán, ni cautivarán, ni separarán de los cristianos sus hijos ni sus mujeres, ni les harán violencia en lo que toca á su ley (su religion); que no serán incendiados sus templos; sin otras obligaciones de su parte que las aquí estipuladas. Entiéndase que Teodomiro ejercerá pacíficamente su poder en las siete ciudades siguientes: Auriola (Orihuela), Balentila (Valencia), Lecant (Alicante), Mula, Biscaret, Aspis y Lurecat (Lorea): que él no tomará las nuestras, ni auxiliará ni dará asilo á nuestros enemigos, ni nos ocultará sus proyectos: que él y los suyos pagarán un dinhar ó aureo por cabeza cada año, cuatro medidas de trigo, cuatro de cebada, cuatro de mosto, cuatro de vinagre, cuatro de miel y cuatro de aceite: los siervos ó pecheros pagarán la mitad.—Fecho el 4 de redjeb del año 94 de la hegira (abril de 713). Signaron el presente rescripto Otman ben Abi Abdah, Habib ben Abi Obeida, Edris ben Maicera, y Abulcaein el Mozeli.»

Concluido el tratado, y manifestando Abdelaziz deseos de conocer á Teodomiro, el caballero cristiano se descubrió al joven árabe; era él, el mismo Teodomiro en persona. Sorprendió á los árabes tan impensado descubrimiento, celebráronlo mucho, y diéronle un banquete, en que comieron los dos caudillos juntos como si hubieran sido amigos toda la vida. Al día siguiente entraron Abdelaziz y Otman en Orihuela con la gente mas vistosamente ataviada, y preguntando á Teodomiro

dónde estaban aquellos tantos guerreros que el día anterior coronaban los muros de la ciudad, tuvieron que admirar una nueva estratagemá y ardid del caudillo cristiano. Aquellos soldados, pertrechados de cascos y lanzas, que habían visto sobre los muros, eran mujeres que Teodomiro había hecho vestir de guerreros; sus cabellos los habían dispuesto de manera que imitaran la barba larga de los godos. Aplaudieron los árabes la ingeniosa ocurrencia, riéronse de su mismo engaño, y todo contribuyó á que se entablara una especie de confraternidad entre Teodomiro y el hijo de Muza (1).

Pacificada toda la tierra de Murcia y Valencia, Abdelaziz retrocedió á las comarcas de Sierra Segura, descendió á Baza, ocupó á Guadix y á Jaen, tomó á Granada (Garnathat), colonia judía y arrabal de la antigua Illiberis (Elvira), entró en Antequera, y prosiguió á Málaga sin hallar resistencia, y dejando en las ciudades judíos y árabes de guarnición.

A este tiempo recibió Muza órdenes del califa, preceptuándole devolver á Tarik el mando de las tropas que tan gloriosamente había conducido, diciéndole que no inutilizase una de las mejores espadas del Islam. Muza obedeció, aunque bien á pesar suyo, pero con gran contento de los musulimes. Fingió, no obstante, una reconciliación sincera, y concertóse que Tarik con sus tropas marchase al Oriente de España, mientras él con las suyas se dirigía á reducir las regiones del Norte. Tarik recorrió el Sur y el Este de Toledo, la Mancha, la Alcarria, Cuenca, y descendió á las vegas y campos del Ebro hasta Tortosa. Muza tomó hácia Salamanca y Astorga, que se le rindieron sin resistencia, y volviendo y remontando el curso del Duero, haciendo despues una conversión hácia el Ebro, vino á incorporarse con el ejército de Tarik, que sitiaba ya á Zaragoza (Medina Saracusta). Obstinate resistencia había encontrado Tarik en Zaragoza, pero la llegada de Muza, coincidiendo con el apuro de víveres de la plaza, desalentó á los sitiados, y fué causa de que se propusiese su entrega bajo las condiciones ordinarias. Muza, valiéndose de la ocasión y dejándose llevar de la codicia, impuso á los habitantes de Zaragoza una contribución extraordinaria de guerra, para cuya satisfacción tuvieron que vender sus alhajas y las joyas de los templos. Muza tomó en rehenes la mas escogida juventud, y dejando el gobierno de la ciudad á Hanax ben Abdala, que luego edificó allí una suntuosa mezquita, prosiguió sometiendo el Aragon y Cataluña. Huesca, Lérida, Barcelona, Gerona, Ampurias, todas fueron reducidas á la obediencia del Islam. De allí volvió y enderezóse á Galicia por Astorga, entró en la Lusitania, y en todas partes fué recogiendo riquezas que no repartía con nadie.

Tarik, por el contrario, siguiendo otra ruta, y encaminándose por Tortosa á Murviedro, Valencia, Játiva y Denia hasta los límites del pequeño reino de Teodomiro, observaba tambien muy opesto comportamiento. Trataba á los pueblos con dulzura, partía con sus soldados los despojos de la guerra, y con mucha escrupulosidad reservaba el quinto de todo el botín para el califa. Comunicaba á este directamente sus operaciones sin entenderse con Muza. Este por su parte no perdía ocasión de desacreditar á su rival para con el califa, ponderándole su espíritu de insubordinación y sus prodigalidades.

Estos enconos de parte de los dos conquistadores fueron causa de que el califa de Damasco escribiera á ambos mandándolos comparecer á su presencia, dejando el gobierno de España encomendado á personas de confianza. Tarik obedeció al momento: Muza lo hizo con mas repugnancia, mas al fin, despues de haber nombrado á su hijo Abdelaziz wali ó gobernador en jefe de España, partió con los despojos de sus felices expediciones, con la famosa mesa verde, y con inmensa cantidad de oro y pedrería. Pasó el Estrecho, y atravesó el Magreb, primer teatro de sus campañas y de sus glorias. En su comitiva iban cuatrocientos jóvenes de las familias godas mas ilustres, que tomó para que sirvieran de ostentación á su marcha triunfal, y con este aparato fué costeando el litoral de Africa.

(1) Isid. Pac. Chron. 38.—Roder. Tolet. de Reb. Hisp.—Conde, capitulo 15.

CAPITULO II

Gobierno de los primeros emires

DE 713 Á 732

Abdelaziz.—Regulariza la administracion de España.—Su tolerancia con los cristianos.—Cásase con la reina viuda de Rodrigo.—Hácese sospechoso á los musulmanes.—Muere asesinado de orden del califa de Damasco.—Breve y justo gobierno de Ayub.—Traslada el asiento del gobierno de Sevilla á Córdoba.—El Horr.—Primera invasión de los árabes en la Galia.—Toma de Narbona.—Es depuesto el Horr por sus exacciones.—Alzama.—Hace una estadística de España.—Es derrotado en Tolosa de Francia.—Prudente y equitativo gobierno de Ambiza.—Conquista toda la Septimania.—Otros emires de España.—Castigo de sus tiranías.—Abderrahman.—Rebelion de Munuza y su término.—Famosa batalla de Poitiers.—Cárlos Martell.—Gran derrota del ejército sarraceno y muerte de Abderrahman.

Encargado Abdelaziz del gobierno de España, y habiendo fijado su asiento en Sevilla, dedicóse á regularizar la administración de las ciudades sometidas; nombró perceptores ó recaudadores de los impuestos, que por regla general consistían en el quinto de las rentas, si bien le rebajó hasta el diezmo á algunas poblaciones y distritos; creó un consejo ó divan, con el cual compartía la dirección de los negocios de España; estableció magistrados con el nombre de alcaldes; dejó á los españoles sus jueces, sus obispos, sus sacerdotes, sus templos y sus ritos, de tal manera que los vencidos no eran tanto esclavos como tributarios de los vencedores. Indulgencia admirable, ni usada en las anteriores conquistas, ni esperada de tales conquistadores. Los que así quedaban y vivían denomináronse *Mostárabes* ó *Mozárabes*, nombre ya de antes usado en otros países por el pueblo vencedor.

Habiase señalado ya Abdelaziz por su clemencia y su moderación para con los cristianos. Una circunstancia notable vino á hacer todavía mas suave la suerte y condición de los vencidos bajo el gobierno del joven emir (3), á estrechar mas las relaciones entre árabes é indígenas, si bien fué al propio tiempo la causa de su ruina y perdición.

Dijimos en el anterior capítulo, que entre los prisioneros hechos en Mérida se hallaba la reina Egilona, la viuda del desventurado Rodrigo. Era joven y bella, Abdelaziz lo era tambien, y prendóse apasionadamente de su ilustre y hermosa cautiva. El generoso hijo de Muza logró hacerse amar de la viuda del último monarca godo, y con sorpresa de musulmanes y cristianos los que comenzaron por amantes se convirtieron luego en esposos. Abdelaziz no exigió de Egilona que abrazase el islamismo, la permitió seguir siendo cristiana, y le dió el nombre árabe de *Ommalísam*, que quiere decir *la de los lindos collares*. Desde entonces por amor á su nueva esposa fueron en aumento las consideraciones del ya tolerante emir para con los cristianos, al paso que se hizo sospechoso á los fervorosos musulmanes, que murmuraban la mansedumbre con que trataba á los pueblos conquistados, tan opuesta al rigor que con ellos había empleado su padre. Suponíanle ya algunos traidor á la fe del Islam, avanzando á decir que en secreto se había hecho idólatra, que así llamaban ellos á los cristianos (4). Atribuíanlo todo al influjo de Egilona la infiel, mujer ambiciosa y de corazón altivo, y añadan que todas las mañanas colocaba en la cabeza de Abdelaziz una corona semejante á la que llevaba su primer marido Ruderik el romano, como para incitarle á que se alzara con el señorío de España (5).

Tales rumores fueron tomando consistencia, pasaron los mares y llegaron hasta el califa Suleiman, sucesor de Walid,

(3) Dábase indistintamente á los gobernadores de España los títulos de *emir* y de *wali*, que equivalían á *príncipe*, *dux*, *jefe* ó *gobernador*. El emirato de España era una dependencia ó como vicariato del de Africa, que tenía su asiento en la moderna Cairwan, y este á su vez dependía del califato de Damasco. Abdelaziz antes de venir á España había desempeñado el emirato de Cairwan.

(4) Faustino Borbon, en sus *Cartas para ilustrar la Historia de la España árabe*, intenta probar con el testimonio de algunos autores árabes que Abdelaziz había realmente abrazado el cristianismo.

(5) Isid. Pacens., Chron. n. 42.

Tarik había llegado antes que él á Damasco, y expuesto ante el califa sencillamente y con lealtad su conducta. Cuando llegó Muza, Walid se hallaba gravemente enfermo; Suleiman, su hermano, designado para sucederle, hizo comparecer á los dos rivales. La historia de esta entrevista es de un género enteramente oriental. Muza creyó adquirir gran mérito á los ojos del califa presentándole la célebre mesa de oro y esmeraldas. «Emir de los creyentes, dijo entonces Tarik, esa mesa soy yo quien la ha encontrado.—He sido yo, replicó Muza, este hombre es un impostor.—Preguntadle, repuso Tarik, qué se ha hecho el pié que falta á la mesa.—Estaba así cuando se encontró, respondió Muza.—Emir de los fieles, exclamó Tarik, ahora juzgarás de la veracidad de Muza.»

Y sacando el pié de la mesa que llevaba escondido, le presentó al califa, el cual quedó convencido de que era Muza el verdadero calumniador. Y como ya deseaba tomar severa satisfacción de su conducta, le castigó teniéndole un día entero expuesto á un sol abrasador, haciéndole azotar y condenándole á una multa de cien mil mitcales, que Rasís y Ebn Kalkan hacen subir á doscientos mil. Así pagó el conquistador de Africa y de España la envidia y rencor con que había perseguido á Tarik.

Quedó, pues, sometida la España á las armas sarracenas. Rápida, breve, veloz fué la conquista. Lo que costó á los poderosos romanos siglos enteros de porfiada lucha, lo hicieron los árabes en menos de dos años. Diestros, políticos, activos, valerosos y entendidos capitanes eran los jefes de la conquista. El estupor se había apoderado de los españoles despues del desastre de Guadalete, y no les dieron tiempo para recobrase. El principio religioso, único que hubiera podido realentar los abatidos ánimos, tuvieron los conquistadores la política de aparentar por lo menos que le respetaban, dejando á los vencidos el libre ejercicio de su culto. Sin perjuicio de juzgar mas adelante la conducta de estos primeros invasores, obsérvese desde luego que no fué ni tan ruda, ni tan cruel, ni tan bárbara como nos la pintaron nuestros antiguos cronistas, impresionados por las calamidades inherentes á tan brusca invasión, y como guiados por ellos la han representado despues otros historiadores. A ser auténticas, como no se duda ya, las capitulaciones de Córdoba, de Toledo, de Mérida, de Orihuela, y aun la de Zaragoza, revélase en ellas mas la política de un proselitismo religioso que el afán de exterminio, y algunas de sus condiciones fueron mas humanitarias de lo que podía esperarse de un pueblo invasor que ocupaba por conquista un país donde hallaba diferente religion y distintos hábitos y costumbres: creemos que en este punto no puede compararse la conducta de los árabes á la de los romanos y godos; si bien se comprende tambien que á nadie tanto como á los conquistadores convenia, pocos como eran, no exasperar á una nación grande y vasta, que aunque amilanada entonces, hubiera podido en un arranque de cólera serles terrible (1).

Veamos cómo se condujeron los que sucedieron á Tarik y á Muza en el gobierno de España (2).

(1) Despues de leer las crónicas cristianas y árabes, nos quedamos sin saber con certeza qué fué del conde Julian, del obispo Oppas y de los demás parientes de Witiza, ó causadores ó cómplices de la pérdida de España. Los unos suponen al conde Julian alentando á Tarik en el consejo de oficiales á que se apresurara á apoderarse de Toledo, los otros le hacen servir de guía á Muza desde su desembarco y en casi toda la expedición: otros, y son los mas, guardan profundo silencio. El Pacense dice que Muza condenó á muerte á varios nobles de Toledo por causa de Oppas que se había fugado de la ciudad: *per Oppam. a Toletu fugam arripientem*: lo cual probaría que los árabes no habían correspondido muy bien con los mismos que les invitaron ó auxiliaron en la empresa de la conquista.

De todos modos la suerte de la familia de Witiza ha quedado envuelta en bastante misterio.

(2) Fuera largo enumerar las inexactitudes que cometió Mariana, privado de muchos documentos posteriores, en los capítulos que destina á la narración de estos sucesos. Su mismo ilustrador, el docto Sabau y Blanco, nota ya bastantes; y al llegar al cap. 25 del lib. VI, dice: «Los cronicones antiguos no habían nada de lo que refiere Mariana en este capítulo, ni sabemos de dónde tomó estas noticias.» Hay errores evidentes de fechas, de nombres y de hechos.